

La condesa se lanzó hacia el punto de donde partiera el rumor, pero tropezó á su paso con una reja de hierro. Fácil era sin embargo atravesar esta reja, pues que le faltaban dos gruesos barrotes que vió la jóven uno á los piés y otro en las manos de un hombre que, vuelto de espaldas á ella, acababa sin duda con auxilio de los hierros de llevar á cabo la obra que placerero estaba contemplando. Un monton de escombros se elevaba á sus piés que en escabrosa pendiente iba á comunicar con un boquete bastante capaz abierto en un rincon del techo y por el cual penetraban el aire fresco de la noche y los rayos de la luna.

Leonor hizo un movimiento agarrándose á la reja. A este movimiento el hombre del subterráneo se volvió.

—Quién va?—dijo, y adelantóse blandiendo uno de los barrotes.

La condesa retrocedió un paso y dejó escapar un gemido. Habia conocido aquella voz.

—Leonor! Leonor!—esclamó el desconocido reconociendo á la luz de la lámpara á la mujer que se presentaba á sus ojos, —oh! es Leonor!

Y pasando por la abertura de la reja fué á caer á sus piés que besó y estrechó con un delirio frenético.

—Sancho!—murmuró la condesa con voz débil. —Vos! vos aquí, Sancho?...

—Oh! te he visto, Leonor, te he visto y todo está olvidado. Miserias y torturas y penas y dolores... todo! Este solo instante paga una eternidad entera de sufrimientos!

Leonor llevó su mano al corazon como si se lo hubiesen herido.

—Los infames!—esclamó con amargura. —Me habian dicho que estabais libre, ausente!

—Libre! ausente!—repitió Sancho con voz sombría. —Oh! solo Dios sabe lo que he sufrido! Desde aquel funesto dia en que me amenazaron á vuestros ojos con un puñal para haceros ceder, desde aquel dia que gimo en este obscuro subterráneo, falto de luz, de aire, de amor, de vida. Ay! han sido muy crueles conmigo, señora, muy crueles! Me han dejado aquí, en esta mazmorra muriéndome unas veces de frio, ahogándome otras de calor, y sin ver á nadie mas que á ese hombre constituido en mi carcelero que constantemente me ha bajado la comida sin dirigirme nunca la palabra, mudo á todas mis preguntas, de mármol ante mis súplicas, insensible hasta á mis lágrimas.... hasta á mis lágrimas, sí, porque yo he llorado revolcándome á sus piés, Leonor, he llorado como un niño, como un insensato.... Y es que mientras yo he vivi-

do dos eternos años ignorado de todo el mundo en este subterráneo, mi madre, Leonor, mi pobre madre falta de auxilios, habrá acaso perecido de hambre!... Oh, es una idea horrible!

Y el paje dejó caer sufrente entre sus manos, mientras que la condesa, pálida como un cadáver, tenia que apoyarse en la pared por sentirse falta de fuerzas.

—Y todo porqué, señora?—prosiguió Sancho con fuego y levantando hacia ella unos ojos impregnados de ternura y de lágrimas;—Porque no he querido ahogar los latidos de mi corazon, porque he amado á una mujer mas que á mi vida, porque no he querido arrancar del alma este amor ardiente, inestinguible, inmenso, que fué mi delicia cuando estaba en libertad y que ha sido mi tesoro mientras he gemido prisionero. Ay! sí, á todas horas, á todos momentos, en la oscuridad de mi noche eterna, jamás he dejado de verte, Leonor, resplandeciente de belleza como un ángel, vestida de luz como el buen genio que se me presentaba por guia. El amor me ha elevado sobre mis sufrimientos, el amor me ha hecho fuerte en mis dolores, el amor me ha dado vida para ir lentamente muriendo de esa agonía incansable, trabajosa y prolongada que mina el corazon de los presos, como gasta una gota de agua la piedra sobre la que sin cesar se desprende.

Las palabras de Sancho entraban como puntas aceradas en el pecho de Leonor que permanecia inmóvil y muda revelando solo su sufrir por ligeros estremecimientos, bien como un lago tranquilo en apariencia y al cual ligeras ondulaciones comunican un temblor que recorre por entero su tranquila superficie. El paje prosiguió como si contestara á una pregunta que no se le habia hecho.

—Si habré sufrido yo, Dios mio!... Ay! he ido perdiendo las ilusiones una á una, como ve caer poco á poco el rosal, marchitas y abrasadas, las rosas que fueran un dia su esplendor y orgullo. Sin embargo, desde que entré aquí, desde que aquí me sepultaron, una idea fija me ha perseguido tenaz é inclemente, la libertad, porque la libertad era verte, la libertad era tu amor, era bañarme á los rayos del sol de tu mirada, era vivir delirando á tus piés ó morirsuspirando debajo de tus ventanas. Mira,—añadió el pajeseñalando la reja y la abertura por la cual habia pasado poco antes,—cerca un año he tardado en roer con mis dientes, en limar con mis uñas esos hierros; y con su auxilio mas de otro año he tardado en abrir en un ángulo de mi prision el camino que hace poco acaba de presentar una puerta á mis esperanzas.

Leonor miró los escombros y el agujero; contempló los hierros arrancados de la reja: era una obra de gigante.

Sancho leyó su pensamiento.

—A los pocos dias de estar aquí,—dijo,—traté de salvarme á toda costa porque mi corazon me decia demasiado bien que mis verdugos jamás bajarían á abrimme la puerta de la prision que ellos consideraban como mi tumba. Empezé pues á roer los hierros, ansioso de abrimme paso y salir por el camino que seguia siempre mi carcelero. La reflexion vino sin embargo á hacerme variar de idea. El sitio por donde entraba el hombre que me traia la comida, debia necesariamente, segun la disposicion de estos subterráneos, comunicar con el castillo: estaba pues perdido sin remedio tratando de salvarme por allí. Era forzoso que mis tentativas se dirigieran por otra parte. Tenia observado que algunas veces un rumor sordo, ahogado y continuo se dejaba sentir sobre mi cabeza, y á fuerza de pensar en ello, conocí que no podia provenir de otra causa que de la lluvia. Ahora bien, si era la lluvia, la parte del subterráneo que yo habitaba debia salirse del castillo, y penetrar en el campo. Resolví agujerear la pared en un ángulo y cerca del techo, trabajo ímprobo que he llevado á cabo con toda la paciencia y la fuerza de voluntad que podia solo inspirarme el amor. Esta mañana he conocido que mi obra tocaba á su término y que bastarian solo algunos minutos de trabajo para que, desmoronándose parte del techo, se abriera á mis ojos un camino de salvacion. Decidí esperar que me hubiese hecho el carcelero su diaria visita para obtener este resultado, y decidí bien.... porque he ahí la libertad y he aquí el amor;—esclamó Sancho señalando el agujero y clavando sus ojos en la condesa;—las dos cosas á un tiempo. Mi alma late de júbilo y placer y estoy loco, verdaderamente loco de alegría. La libertad! el amor! mi sueño de dos años! mis únicos pensamientos en la soledad de este vasto sepulcro donde me habian enterrado!

Sancho se apoderó con febril entusiasmo de una de las manos de Leonor que esta no se atrevió á retirar, y que el paje bañó con sus lágrimas. Un religioso, pero sublime silencio reinó por breves instantes entre aquellas dos tiernas criaturas nacidas la una para la otra y que sin embargo la fatalidad se habia empeñado en separar, haciendo que ambas á dos se fortalecieran sufriendo la una el martirio, la otra la agonía del amor.

Sancho no pensaba nada en aquel instante, nada mas que en dar expansion á su alma comprimida por tanto tiempo. Tenia allí á Leonor, al ídolo de sus sueños, á la que habia poblado con su imagen su soledad y con su recuerdo su vida; y por consiguiente lo tenia todo. Solo que cerraba los ojos y apretaba con delirio sus labios en aquella mano que descansaba entre las su-

yas, porque temia verla desaparecer como un sueño, huir como una vision y tener entonces que tornar á sus angustias y tormentos.

En cuanto á la condesa, sufría en silencio, desde que viera al paje, una de aquellas luchas horribles, tempestades espantosas que se desencadenan en el corazon de la muger, y que á veces, ay! á veces acaban por secarle como seca el sol de julio la hoja desprendida de un árbol.

La fuerza de voluntad que iba en auxilio de Leonor cuando mas difíciles y amargas se le presentaban las situaciones de su vida, acudió tambien esta vez en su apoyo. La hermosa joven desprendió su mano que el paje tenia entre las suyas y exclamó, imprimiendo á su voz un particular acento de indecible melancolía:

—Mucho habreis padecido, Sancho, mucho habreis llorado, pero ya Dios pone un término á vuestros sufrimientos. Ante vos, y gracias á vuestra constancia y esfuerzos, se abre el camino de la libertad,—añadió señalándole la abertura.—Partid, pues, Sancho, partid y..... y sed feliz!

La condesa no continuó porque el corazon iba á venderla, porque la voz empezaba á ahogársele en la garganta, porque rebeldes lágrimas se agrupaban denunciadoras á sus abrasados ojos. Al oír Sancho las palabras que acababan de salir de los labios de la joven, sintió como una montaña de hielo desprenderse sobre él y, aturdido, asombrado, clavó en Leonor su mirada limpia é interrogadora.

—Partir!.... ser feliz! —murmuró.—Porque me hablais así, señora?

El pobre paje tenia miedo de adivinar. Leonor reunió todas las fuerzas de su corazon y dió un paso hácia Sancho.

—Jamás, desde que aquí os bajaron,—le dijo,—habeis visto á nadie?

—A mi carcelero solo y á nadie mas.

—Y este no os ha dirigido nunca la palabra?

—Nunca.

—Nada os ha dicho? —continuó Leonor insistiendo.

—Nada,—contestó Sancho que no comprendia, pero á quien su leal corazon le decia que algo triste se preparaba.

—Pues entonces, Sancho, dadle gracias á Dios por haberos evitado uno de los mas atroces tormentos, por haber hasta ahora ignorado que la muger que os juró un amor eterno, que esta muger, Sancho.....

La voz de la joven se turbó; conocíase impregnada de sollozos. El paje estaba pendiente de sus palabras.

—Que esta muger?.... —dijo debilmente como un eco.

—Pertenece á otro, —murmuró con voz ahogada Leonor.

—A otro!..... á otro!..... á otro! — repitió Sancho como si solo á medida que se lo repetía fuera haciéndose cargo.

— Delante de vos teneis á la duquesa de Arévalo.

—Oh!

Y el pobre cautivo llevó sus manos á su abrasada frente. Se sentía morir. Hubo entonces otro momento de silencio que Sancho fué el primero en romper.

— Que Dios tenga misericordia de mí! —esclamó, — me vuelvo loco!

Leonor exhaló un suspiro arrancado del fondo de su alma. En seguida, levantando los ojos al cielo con una espresion indefinible, armándose de resolucion, imponiendo silencio al grito del amor que gemia en el interior de su pecho, adelantóse firme, serena, sublime, y tocando con el dedo la frente del paje y haciéndole levantar la cabeza,

— Os he dicho que partierais, Sancho, — esclamó resueltamente, — os lo repito, y ahora oid, oid, y para oirme, miradme cara á cara. Os he amado como puede amar una mujer, con la virginidad, con el embeleso, con la idolatría de un primer amor, pero decidme, y decídmelo por vuestra honra y conciencia, creéis que pueda yo, la duquesa de Arévalo, dirigiros otras palabras que las de: Partid y sed feliz?

Sancho se calló:

— Creéis que yo, yo, la esposa de otro hombre, — prosiguió Leonor, — aun cuando ese hombre me haya engañado, ultrajado, vendido, creéis que yo pueda dirigirle á nadie una sola palabra de amor ó de consuelo? Creéis, en fin, — añadió como si penetrara las secretas intenciones del paje, — que pueda yo partir con vos...? yo?

Sancho se estremeció pero calló tambien.

— No, vos no lo creéis como yo no lo creo. Podré sufrir, agonizar, morir, pero me quedaré. Mi puesto está aquí como el vuestro está lejos de la mujer que os ha amado y.... y que os ama aun.... Lo entendéis, Sancho? que os ama aun.

El paje hizo un movimiento como para arrojarse hácia ella, pero Leonor le detuvo con una mirada.

— Por esto os dice esta mujer: Adios, Sancho! partid! No olvideis, pero partid!

— Leonor! — murmuró el paje con voz débil y suplicante.

Una febril impaciencia se pintó en el rostro de la condesa, que, sin separar la vista, pero acentuando enérgicamente la voz, le dijo al jóven:

— Sancho, teneis corazon? pues entonces partid, partid lejos, muy lejos donde yo no pueda veros ni saber de vos. No os he dicho que os amaba aun? Qué mas quereis ni qué mas podeis pedirme? Marcados están nuestros deberes como trazado por el dedo de Dios está nuestro camino. Partid!.... Quisierais mejor que un dia tuviera que inclinar mi frente avergonzada y que cayera sobre mí la mancha de la esposa culpable, esa mancha que no se borra jamás aunque se lave con sangre? Verdaderamente, Sancho, — prosiguió Leonor con un acento desgarrador y ligeramente sarcástico, — verdaderamente no teneis piedad ni corazon si no partís, y si no partís perdonando á los que tanto os han dañado como yo les perdono, yo que aquí me quedo, víctima sumisa, mártir obediente, esclava de mi deber y de mi conciencia. Oh! Sancho, Sancho, quién de entrambos es mas digno de compasion? Vos que partís ó yo que me quedo?

El paje se sintió conmovido. Habia toda la grandeza y toda la resignacion de la sublimidad en aquella mujer que le suplicaba con el viril acento de un corazon que sufre pero que calla, que ahoga la voz de sus pasiones pero que permite que se eleve tonante y firme el acento imperioso de sus deberes conyugales. Costábale sin embargo á Sancho resolverse. Lo que se le pedia era superior á sus fuerzas, era un sacrificio inmenso despues de un siglo de dolor, era la muerte de todas sus esperanzas despues de una vida perdida en alimentarlas.

— Leonor! Leonor! — insistió el jóven levantando hácia ella unos ojos que parecian bañarse en un mar de estática dulzura é imprimiendo á sus palabras todo cuanto puede haber de armonia desgarradora en una voz, de lágrimas amargas ocultas en un acento, — Leonor! Leonor! y que será de mí en el mundo? Paraqué habré pasado yo dos eternos años en roer con mis dientes, en arañar con mis uñas esa pared y esos hierros?

— Y yo, yo, Sancho? creéis que me espera á mí un lecho de rosas para en él tender mi sibarítica indolencia? Y yo, Sancho, decid, cómo creéis que yo pudiera parecer un dia ante el juicio de Dios? Quereis para el ídolo de vuestros sueños y de vuestra infancia la auréola infame del adulterio, mejor que la espléndida corona del martirio? Qué será de vos en el mundo, decís? y de mí? que será de mí enterrada en vida en una tumba?...

Sancho bajó la cabeza, y una abrasadora lágrima tembló en sus párpados deslizándose á lo largo de sus mejillas.

— Teneis razon, — dijo con voz apagada, — teneis razon; debo partir.

Y revistiéndose de la ficticia y poco duradera fuerza de voluntad que le in-

fundieron las palabras y el acento de desgarradora convicción de Leonor, Sancho impuso silencio á la voz de su alma que gemía muy alto y muy dolorosamente, y acercándose á la condesa cogió una mano que temblaba á impulsos de un estremecimiento nervioso y aplicó en ella unos labios de fuego. Un doloroso choque resonó en el corazón de la jóven que retiró su mano como si en ella hubiese caído una gota de plomo derretido.

—Adios, Leonor! adios para siempre! murmuró la voz ahogada y sentimental del paje.

Pronunciado este adios con un supremo acento de dolor, Sancho, bamboleándose como un hombre ebrio, se dirigió hácia la abertura, en tanto que Leonor le miraba partir inmóvil, pero pálida como un espectro.

En aquel momento....

Pero nos es indispensable la esplicacion de otro capítulo para saber lo que pasó en aquel momento.

## VII.

### AL FIN DEL CUAL SE HALLARÁ EL LECTOR

CON UN NUEVO É INESPERADO PERSONAJE QUE SE PRESENTARÁ Á EMBROLLAR LA SITUACION Y HACER DUDOSO EL DESENLACE.

EMPEZABA á cerrar la noche cuando el duque de Arévalo llegó al castillo seguido de sus caballeros, escuderos y monteros y de sus trescientos perros de caza, porque es preciso saber que el duque era muy lujoso y espléndido en asuntos de montería. Una ensangrentada cabeza de jabalí colgaba del arzon de su silla; pero ni en su rostro ni en los de sus compañeros brillaban la alegría y el contento que otras veces.

En efecto, la caza había sido poco feliz, y el duque regresaba de un humor insoportable á su opulenta morada, así es que, no bien estuvo en el patio, cuando descabalgó á toda prisa y subiendo la escalera, se entró en su aposento dejándose caer en un sillón sin ni siquiera despojarse de sus arreos de caza. Teniendo en consideración el carácter del duque, la cosa no era para menos. Había empleado con toda su gente la mitad de la jornada en perseguir á una jabalina que lograra escapar á todas las persecuciones deshaciéndose unas veces de los perros que mas cerca le seguían, burlando otras la astucia de los cazadores, y desapareciendo en fin y haciéndoles perder la pista como si se la hubiese tragado la tierra. Veinte y cinco perros habían quedado estropeados y fuera de combate, varios monteros estaban mal heridos y no pocos caballos reventados por la carrera. El duque, pues, estaba furioso con la jabalina, con sus cazadores, con su jauría y hasta consigo mismo.

Beltran le había seguido hasta su habitacion y permanecía en pié é inmóvil en el umbral. El duque le vió al cabo de un largo rato y frunció las cejas:

—Qué haces ahí? —esclamó con voz colérica.

—Señor, —contestó el pobre servidor temblando, —estaba esperando vuestras órdenes.

—No quiero nada.

Beltran se inclinó profundamente y se dispuso á salir. El duque dió una furiosa patada en el suelo que hizo volver en redondo al criado.

—Quién te ha dicho que te fueras? —gritó el duque amenazándole con el puño.

—Señor.... —balbuceó el criado trémulo cual hoja en el árbol — como me habiais dicho....

—Yo no he dicho nada!

Beltran se inclinó quedándose clavado en su sitio. El de Arévalo permaneció mudo unos instantes.

—Que suba Jorge, en seguida! —esclamó por fin, sin volver la cabeza y con un acento breve é imperioso que bien daba á entender no admitía dilación.

Beltran partió como un rayo bajando de cuatro en cuatro los escalones para ir á cumplir la orden de su señor.

Un minuto despues, Jorge se presentaba en la habitacion. Jorge era el montero mayor del duque.

—Haz que los cuernos suenen la ralea, —le dijo este así que le vió, —